

cho. Después de sus recreos y de sus trabajos diarios, los dos hermanos se cogían de los dedos, y presentándose unidos ante su padre, le pedían paternales bendiciones, y le daban á una, con toda la efusión del amor que cabe dentro del corazón de los niños, santos besos. Mas, aquí terminaban los goces de aquella familia. En cuanto suspendían sus relaciones con los hijos, asaltábase por todas partes una intensa y continua contrariedad. Sobre todo lo que más apenaba en estos momentos aquellos reales ánimos, habituados á tantas abundancias en todo, era la miseria forzosa del vestir, y los regateos con que les disminuían la pensión votada por el Parlamento. Fundado en ella Luis XVI había hecho gastos crecidos, que montaban entonces, por fines de Agosto, á quinientas veintiséis libras. Cuando pasara la familia real desde sus palacios al Parlamento, encontróse con que no había llevado recurso de ningún género, y con que Antonieta perdió en el tumulto un portamonedas, el cual contenía varios luises. Algunos de sus antiguos servidores entregáronles modestas cantidades, y con estas cantidades ocurrieron á su estancia y subsistencia en las celdas de los fuldenses. Trasladados al Temple, aunque la comida sobraba, carecían de todo, y esta carencia de todo, no solamente les obligaba por su fuerza mayor á muchos dispendios; les obligaba también á contraer muchas deudas. Y la penuria maternal todavía puede aguantarse cuando no la siguen y acompañan vejaciones morales. Pero éstas á cada instante sobrevenían en tropel con grande acerbidad. No ponen tasa los escritores dinásticos al recuento, en letanías sin fin, de quejas proferidas por los Reyes, y hay que repetir las si queremos escribir una historia completa de la terrible cautividad. Dicen que Rocher y Risbery, guardianes colocados á la salida del castillo, echaban las humaredas de sus pipas al rostro de los Reyes, cuando los Reyes salían; que los vigilantes del jardín se asentaban al paso de tan excelsos personajes, y se hundían hasta las cejas sus sombreros; que los albañiles les acortaban el paseo con los escombros amontonados por todas partes y provinientes de las obras; que los comuneros les ofrecían por única distracción la cava de los fosos y la elevación de los muros y el tapiaje de los ventanones; que los esbirros colocaban barrotes y más barrotes en las rejas, parecidas á jaulas propias de brutos feroces; que sustituían aquellos atormentadores las comunicaciones libres de los primeros días con el aire y el cielo, aunque fuese desde las entrañas de una cárcel, por medio de tragaluces, condenando á los príncipes, como si fueran murciélagos, á un perpetuo crepúsculo; que la venganza no hacía del horrible lugar donde se hallaban un lugar de seguridad para sus personas, sino un lugar de suplicios; que todos cuantos les circuían estaban empeñados en agravar la cautividad y en anticipar el patíbulo de los Reyes, tan atormentados como si, estando bajo la guillotina, y metiéndolos hasta los tuétanos el cuchillo, no los rematasen. Realmente, considerado todo esto como en abstracto, apena el corazón, y debe decirse que cometieron aquellas gentes revolucionarias mil inútiles crueldades con prisioneros completamente á su disposición, y contra los cuales bastaba con

afianzar la seguridad por todos los medios imaginables, y no infligirles ningún tormento. Pero la invasión del territorio francés, la terrible caída de Longwy casi al mismo tiempo que la terrible caída de Verdun, los retos lanzados por la emigración en armas al Congreso legislativo y al Municipio revolucionario, las noticias llegadas de minuto en minuto sobre atentados á la soberanía nacional y á la integridad patria y á los pueblos democráticos y á los ciudadanos libres y á los bienes nacionales por tal manera lo subvertían todo, que ya se hallaban urdidas, en aquel momento, dos guerras, una civil, otra extranjera; y como sean las guerras una barbaridad, bárbaramente se mantenían de una y otra parte; como sean las guerras un crimen, se mantenían criminalmente.

Indica por tal modo este cautiverio de Luis XVI la diferencia entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos que debemos ante sus menores particularidades hoy detenernos, porque todas estas particularidades, parecidas á minucias, encierran hechos y generaciones de hechos, trascendentales á la Historia del siglo en sus últimos tiempos y en sus últimos capítulos. Aun aparece ahora mismo el Temple, consagrado á encerrar al Rey, tras la Bastilla, hecha polvo por haber encerrado al pueblo como una de esas moles sembradas en los caminos de la Humanidad por el Arte para indicar nuevas direcciones del río de los tiempos. Quizás acuse quien leyera estas páginas de prolijo á su autor; mas debo declarar todo detalle digno de consideración en el tormento de los Monarcas. La Reina imaginaba poder despertar con su bella figura, su voz de timbre áureo, sus elocuentes palabras alguna piedad en aquellos corazones despiadados. Pero, dados los enfurecimientos de la plebe, recibía coces á cambio de halagos. Una mañana registran al Rey como si llegase á su prisión por vez primera, y como el Rey reconviniese á sus carceleros por tal inútil violencia, contestáronle con sequedad cumplían su consigna en ley de obediencia. Desde tal momento decidió Luis XVI llevar siempre los bolsillos al revés y por fuera. Otra noche, á la una, cuando se hallaba en su primer sueño aquel desdichado monarca, penetran los municipales en su alcoba y lo despiertan entre sobresaltos. ¿Qué pasaba? Pues cosa baladí: el registro de la prisión en busca y requisa de armas, como si el reo estuviera dentro de su hogar recluso, con todas las seguridades del ciudadano, y no en un sitio público sujeto á innumerables vigilancias é investigaciones. El Rey franqueó todos los espacios puestos á su disposición, y el requisador esbirro juntamente con sus compañeros, no encontró cosa ninguna que llevar á los impacientísimos comuneros. Pero, cuando ya se iban, desesperados por la inutilidad completa de sus rebuscas, ocurriósele á uno de ellos, el cual dióse con la mano en el pecho á tal hallazgo, que aun había un arma; la espada del Rey. Estaban ya hundidos en la eternidad los siglos caballerescos y transcurren tres consecutivas centurias de las edades modernas. Sin embargo, entre la realeza y entre los patricios, la espada y la yegua se aparecían como blasones vivos de la nobleza en el nacer y de la nobleza en el vivir. Sobre todo la espada no podía entregarse, sino después de un



combate, y en este combate una derrota; pero jamás á manos plebeyas y ordinarias, á manos de aquellos enemigos, cuya excelsitud y cuya sangre corrieran parejas con la excelsitud y con la sangre del vencido ó aherrojado. Entregar la espada era cosa tan difícil á un rey caballero como entregar el cetro; pues si éste acreditaba su poder, la otra su nobleza. ¡Quién le hubiera dicho, cuando le ciñeran este signo de nobleza en Versalles, la ignominia reservada para lo porvenir á su majestad, condenándolo al más horrible suplicio moral imaginable, á la entrega de su espada nobilísima hecha con metales de armas y cetros, en manos de la plebe, y de una plebe feroz. La impresión fué tan profunda que Luis XVI exigió del Alcalde, Pétion todavía, en carta con su firma que le dijese por cuáles procedimientos y medios debía entenderse con la Municipalidad y cómo debía esperar sus enviados. Había ido el principio monárquico á tales ignominias en este su Calvario que la firma de un semidiós, como el Rey, no mereció respuesta ninguna de un plebeyo como Pétion. Sumábase todas estas molestias usuales de aquella prisión con las molestias causadas por el fantasma de la regia evasión dibujado en la retina de los revolucionarios desde la fuga terrible de Varennes. Así, á lo mejor, iba en altas horas de la noche un hércules comunero exaltado, requerido adrede para imponer y amedrentar al Rey, con un cigarro muy largo en la boca, un palo muy retorcido en el puño, un muy hundido sombrero sobre la ceja, dando alaridos y bastonazos, en la creencia de que todos los presos se habían escapado para ir hasta el cuartel de los extranjeros y de los emigrados, volviéndose luego con ellos triunfantes á quemar París como se quemaran Babilonia, Ninive, Jerusalén y á extirpar todos los revolucionarios en una terrible apocalíptica matanza. El Rey no sentía tanto que lo molestaran así, como que lo humillasen. Tamañas humillaciones entrábanle dentro del corazón como un veneno lento y empapábanle los hígados en corrosivas hieles.

Uno de los peores males reinantes en los tiempos revolucionarios y guerreros es el espíritu de sospecha, como es la delación por su parte una de las peores costumbres. Así, de todos los palos hacían astillas aquellas gentes para quemar al Rey la sangre, y de todas las sombras fantasmas, y de todos los fantasmas, seres en carne y hueso. Pidió el mayordomo de Luis XVI un profesor de dibujo para la infanta María Teresa. Este profesor, claramente requerido para que prestase tal servicio á la real familia, comenzó por enviar modelos clásicos de cabezas para el estudio por medio de la copia. Los Alcibiades, los Escipiones, los Césares copiados en dibujo de las antiguas estatuas, y transferidos al Temple, aparecieron á la vista de un receloso comunero como retratos de los Reyes extranjeros coligados para el desarraigo de Francia y la extirpación de los franceses. Trabajaban las princesas en sus bordados y tapices. Obedecían para ello á intrincados dibujos. Nada tenían que ver los arabescos, los ramos, los emblemas con asunto político de ninguna clase; pero empeñáronse los vigilantes en que allí resplandecían emblemas de la invasión, y arremetieron á una con ellos, y se los arrancaron de las manos.

Entre tantas obras concluidas de tamaña labor femenil, contábanse varios cañamazos de sillerías, y habiéndolos mandado Antonieta en obsequio á la duquesa de Sérent, vieron en esto los comuneros una maniobra política, y acapararon tan inocentes objetos. Así, pues, aumentaban las vejaciones morales de la familia real, y los trabajos materiales de aquellos que tenían por continuo deber el prestar á las personas reales su diario servicio. Y sin reclamación alguna de los Monarcas, ni quejas, pues lo preferían todo á ver caras nuevas, en la seguridad completa de que debían reflejar iras antiguas, encontráronse con la noticia de que mandaba el Ayuntamiento dos domésticos: un matrimonio, para que prestase la mujer auxilio á los servidores de la Reina, y el marido á los servidores del Rey. Llamábase tal pareja el matrimonio Tison. Exaltadísimo republicano el hombre; con durezas nativas en el carácter, aumentadas por sus habituales asistencias á los clubs; desconfiadísimo de todo cuanto pudiese llegarle desde arriba, como la gente de abajo suele, tumultuada y enardecida entonces; ocupado en oficios de vigilancia municipal, oficio análogo al que desempeña un guarda de consumos aquí; la presencia de Tison se redujo á un atormentador más y á una crecida de tormentos. En cambio, la mujer ofrecía todas las ternuras de su sexo. Interesábanle, como si fueran sus propios hijos, las pobres atormentadas criaturas. Atraíala el dolor de aquel matrimonio tan excelso, y, con riesgo propio, mostraba siempre una incontrastable nativa compasión, jamás compartida por la crueldad irremediable de su comunero marido. Pero Hue tenía don de gentes natural, y se acomodaba de buen grado al auxilio que le ofrecía el matrimonio revolucionario y á la descarga en él de una parte de su carga. Y aún le llegó un auxiliar más; aún le llegó el predilecto servidor adscrito á la persona del pobre delfín; un cortesano que se llamaba Clery. Cosa bien extraña esta diferencia. ¿Cómo, después de haberle quitado sus servidores antiguos, le mandaban éste? preguntábanse los príncipes entre sí unos á otros. ¿Cuál razón oculta pudieron tener los comuneros para usar esta deferencia? Pétion, acostumbrado en otras ocasiones á no responder ni la menor frase al Rey, en este momento, bien misterioso y singular, escribióle muy cortes, encareciendo, como una consideración á su persona, el nombramiento; increíble oficiosidad que agravaba el hecho, pues si ellos y sus partidarios lo cumplían como deferencia personal á Luis XVI, creíalo en su escama Luis XVI una red tendida por los enemigos bajo sus piés. Así, Hue, que se las había tan perfectamente con el matrimonio Tison, recelaba, y mucho, de Clery, siendo los Tisones revolucionarios y Clery realista. Este nombramiento, que por modo tan extraordinario embargaba el ánimo de los Monarcas, debió hacerse por influencias personales de que no suelen estar exentos ni los más empedernidos y más empecatados revolucionarios. Pero aún aparece hoy como un problema histórico si Clery fué al Temple como servidor ó fué al Temple como espía. Por esta duda, sentida de igual modo en todos los que habitaban la torre, le redujeron cuanto estuvo en manos de estos los servicios prestados. Peinaba muy bien al chiquillo